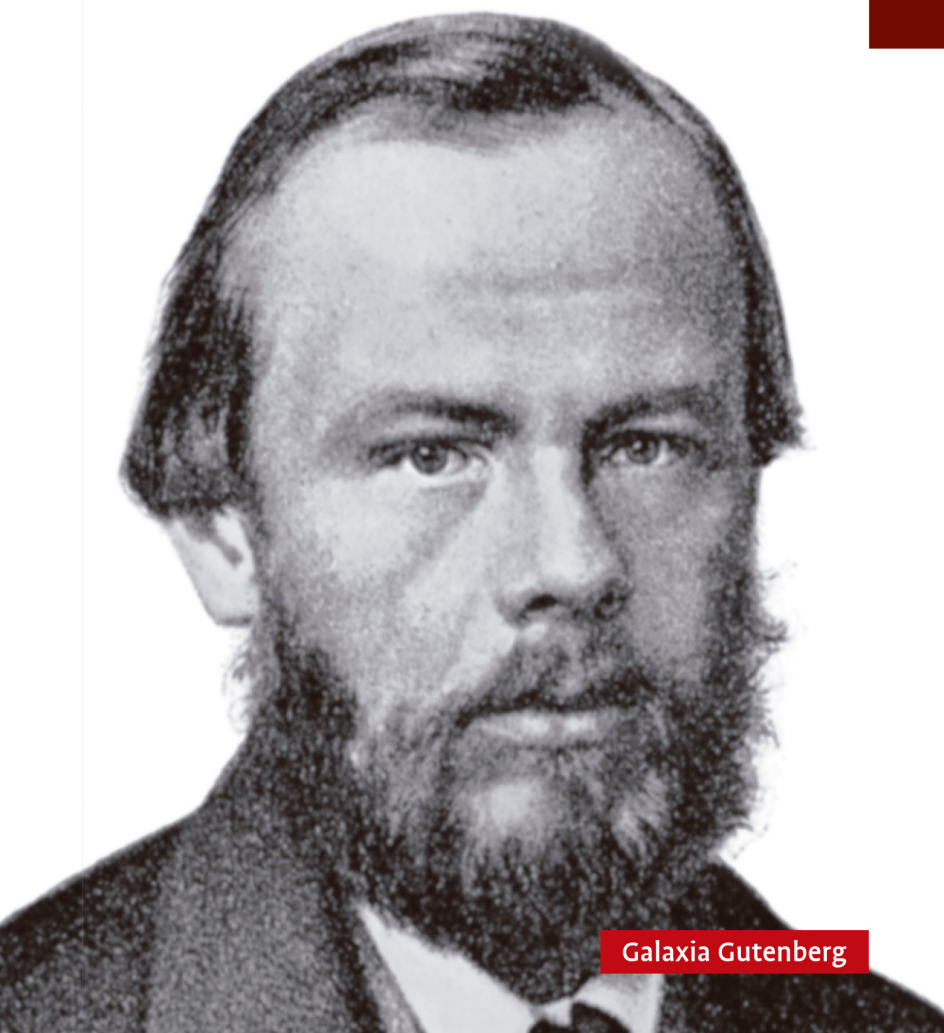


F. M. Dostoyevski

Novelas y relatos

(1859-1862)

Edición de Ricardo San Vicente
Traducciones de Augusto Vidal y Juan Luis Abollado



Galaxia Gutenberg

F. M. DOSTOYEVSKI

OBRAS COMPLETAS II

Novelas y relatos
(1859-1862)

EDICIÓN DE RICARDO SAN VICENTE

Prólogo de Augusto Vidal

Traducciones de Augusto Vidal y Luis Abollado

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Ricardo San Vicente

Traducción del ruso: Augusto Vidal y Juan Luis Abollado

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2021

© de la traducción de *La aldea de Stepánchikovo y sus moradores, Humillados y ofendidos y Apuntes de la Casa Muerta*: herederos de Juan Luis Abollado, 2021

© de la traducción de *El sueño del tío*: herederas de Augusto Vidal, 2021

© del prólogo: herederas de Augusto Vidal, 2021

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Sagrafic

Depósito legal: B 9391-2021

ISBN: 978-84-18807-25-1 (tomo II)

ISBN: 978-84-8109-798-6 (obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

EL SUEÑO DEL TÍO

Traducción de Augusto Vidal

I

Maria Alexándrovna Moskaliova es, naturalmente, la primera dama de Mordásov, y de ello no puede caber la menor duda. Se comporta como si no necesitara de nadie y como si, por el contrario, todos necesitaran de ella. Verdad es que casi nadie la quiere y que son muchos los que la odian cordialmente; en cambio, todos la temen y es lo que ella necesita. Esta necesidad es ya un síntoma de alta política. ¿A qué se debe, por ejemplo, que Maria Alexándrovna, tan amiga de los chismes que no llega a conciliar el sueño en toda la noche si durante el día no se ha enterado de alguna novedad; a qué se debe que, pese a esta manera de ser, sepa conducirse de tal modo que, al verla, a nadie se le ocurriría pensar que aquella dama de tan noble porte sea la primera cotilla del mundo o, por lo menos, de Mordásov? Diríase, al contrario, que las comadrerías han de desaparecer en su presencia, que los murmuradores han de sonrojarse y temblar como los escolares ante el señor maestro, y que la conversación sólo ha de tratar de elevadas materias. De algunos de los mordasovanos, por ejemplo, conoce hechos tan principales y escandalosos que si en una ocasión oportuna los contara y probara como sabe probarlos, en Mordásov se produciría un terremoto no menor que el de Lisboa. No obstante, es muy callada en lo que toca a tales secretos; si los cuenta, es sólo en caso extremo y únicamente a sus amigas más íntimas. Se limita a asustar, da a entender que conoce el secreto y prefiere mantener al caballero o a la dama en constante temor, a fulminarlos de manera definitiva. ¡Esto sí es inteligencia y táctica! Entre nosotros, Maria Alexándrovna se ha

distinguido siempre por su *comme il faut* impecable, buen tono que sirve de dechado para todos. Por lo que respecta al *comme il faut*, no tiene rival en Mordásov. Sabe, por ejemplo, aniquilar a una adversaria, despedazarla y anonadarla con una simple palabra, cosa de la que hemos sido testigos; al mismo tiempo, hace ver que ni siquiera se ha dado cuenta de haber pronunciado esa palabra. Y sabido es que este rasgo de carácter constituye ya de por sí una señal de que se pertenece a la más alta sociedad. En artimañas de esta naturaleza deja tamañito al mismísimo Pinetti. Sus relaciones son amplísimas. Muchos de los que han visitado Mordásov se han marchado encantados de Maria Alexándrovna y hasta han sostenido correspondencia luego con ella. Ha habido quien le ha dedicado una poesía y Maria Alexándrovna la ha mostrado después a todo el mundo, muy satisfecha. Un escritor, que estuvo de paso por Mordásov, le dedicó incluso una novelita corta, que leyó en su casa durante una velada, lo cual causó un efecto sumamente agradable. Un sabio alemán, llegado de Karlsruhe con el propósito de estudiar un género especial de gusanos con cuernos que se crían en nuestra provincia, sabio que escribió sobre dichos gusanos cuatro tomos *in quarto*, quedó tan encantado de la recepción que le dispensó Maria Alexándrovna y de la amabilidad de la dama que aún hoy sostiene con ella correspondencia en términos muy respetuosos y honestos desde el mismo Karlsruhe. Han llegado a comparar a Maria Alexándrovna, en cierto sentido, con Napoleón. Claro está que se trató de una broma de sus enemigos, más atentos al propósito de caricaturizarla que a la verdad. Pero, después de reconocer sin reservas lo peregrino de semejante comparación, me atrevo a formular una pregunta inocente: ¿podrían decirme a qué se debió que Napoleón perdiera la cabeza cuando subió a excesiva altura? Los defensores del Antiguo Régimen lo atribuían a que Napoleón no sólo no pertenecía a la familia real, sino

que ni siquiera era *gentilhomme* de noble prosapia; por este motivo, como es natural, se asustó al fin de su propia altura y se acordó de cuál era su verdadero lugar. A pesar de la evidente ingeniosidad de semejante conjetura, que recuerda la época más brillante de la antigua corte francesa, me atrevo a preguntar a mi vez: ¿por qué Maria Alexándrovna nunca, en ninguna circunstancia, pierde la cabeza y siempre es la primera dama de Mordásov? Ha habido, por ejemplo, casos en que todos decían: «Vamos a ver qué hará Maria Alexándrovna en circunstancias tan difíciles.» Pero llegaron las circunstancias difíciles, y ¡nada! Pasó todo felizmente, todo quedó como antes y hasta casi mejor que antes. Se recuerda, por ejemplo, que su marido, Afanasi Matvéich, perdió su empleo por incapaz e imbécil, sacando de sus casillas a un inspector mandado por una superior instancia. Todo el mundo creyó que Maria Alexándrovna se descorazonaría, se humillaría, rogaría, suplicaría, en una palabra, que doblaría la rodilla. No ocurrió nada de eso: Maria Alexándrovna comprendió que era inútil suplicar; se las compuso de tal modo que no perdió un ápice de su influencia social y su casa siguió siendo considerada la primera de Mordásov. La señora del fiscal, Anna Nikoláyevna Antípova, enemiga mortal de Maria Alexándrovna, aunque en apariencia amiga suya, cantaba ya victoria. Pero cuando vio que era difícil inmutar a Maria Alexándrovna, adivinó que ésta tenía raíces mucho más hondas de lo que antes se habían figurado.

Ya nos hemos referido a Afanasi Matvéich, el esposo de Maria Alexándrovna; no estará de más decir algunas palabras acerca de él. En primer lugar, se trata de un hombre de mucha presencia e incluso de normas de conducta muy honestas; pero en los momentos críticos parece que se desconcierta y mira como el borrego que se encuentra ante una puerta desconocida. Es un hombre que infunde extraordinario respeto, sobre todo en los banquetes de

las fiestas onomásticas, con su corbata blanca. Su noble porte y su gravedad hacen efecto hasta que se pone a hablar. Entonces, ustedes perdonen, sería preferible taparse los oídos. Decididamente, no es digno de pertenecer a Maria Alexándrovna; ésta es la opinión general. Y si ocupó un cargo, pudo dar gracias a la genialidad de su esposa. Según mi más profunda convicción, hace mucho tiempo que debería servir de espantapájaros en la huerta. Allí, y únicamente allí, podría ser de utilidad, verdadera e indudable, para sus compatriotas. Por eso Maria Alexándrovna obró con insuperable cordura al mandar a Afanasi Matvéich a una aldea cercana, situada a tres verstas de Mordásov, donde ella poseía una propiedad con ciento veinte almas, que eran, dicho sea de paso, sus únicos recursos para mantener tan dignamente la nobleza de su casa. Todos comprendieron que tenía a Afanasi Matvéich a su lado sólo porque ocupaba un cargo, recibía un sueldo... y otros ingresos. No bien el marido dejó de recibir el sueldo y demás ingresos, lo alejó en seguida por inservible e inútil. Se elogió a Maria Alexándrovna por su lucidez de juicio y su firmeza de carácter. Afanasi Matvéich vive en la aldea, a sus anchas. Le he hecho una visita y he pasado una hora bastante agradable con él. Mata el tiempo probándose corbatas y limpiándose las botas altas, no porque necesite hacerlo, sino por amor al arte, nada más, pues le gusta llevar las botas brillantes; bebe té tres veces al día, gusta enormemente de bañarse y está contento. ¿Se acuerdan ustedes de la abominable historia que se urdió en nuestra ciudad, hará año y medio, en torno a Zinaída Afanásiévna, hija única de Maria Alexándrovna y de Afanasi Matvéich? Zinaída es sin discusión una beldad y ha recibido una educación esmeradísima, pero tiene veintitrés años y aún está soltera. Entre los motivos que explican por qué no se ha casado hasta ahora, se considera como uno de los principales el de los equívocos rumores acerca de unas extrañas

relaciones que hubo entre ella y el maestro del distrito hará año y medio, rumores que no se han apagado ni siquiera en nuestros días. Incluso hoy se habla de cierto billetito amoroso escrito por Zina, que, según se afirma, ha ido de mano en mano por Mordásov; pero, dígame, ¿quién ha visto el billetito? Si ha pasado de mano en mano, ¿adónde ha ido a parar? Todos han oído hablar de él, pero nadie lo ha visto. Por lo menos no he encontrado a nadie que lo hubiera visto con sus ojos. Si hacen ustedes alguna alusión sobre este particular a Maria Alexándrovna, esta egregia dama, sencillamente, no les entenderá. Supongamos que en realidad hubo algo y que Zina escribió el billete (yo incluso creo que fue realmente así): ¡cuánta habilidad la de Maria Alexándrovna! ¡Qué modo de velar, de ahogar un mal paso, un asunto escandaloso! ¡Ni una huella, ni una referencia! Maria Alexándrovna no presta la menor atención a esa ruin calumnia; no obstante, Dios sabe cómo trabajó para proteger el inmaculado honor de su única hija. Que Zina no esté casada se comprende, pues, ¿qué pretendientes tenemos aquí? Zina espera a un príncipe reinante o poco menos para conceder su mano. ¿Dónde han visto ustedes a una joven semejante, hermosa entre las hermosas? Ciertamente, es orgullosa, demasiado orgullosa. Dicen que la pretende Mozgliakov, pero es dudoso que haya boda. ¿Qué vale Mozgliakov? Sí, es joven, no tiene mala estampa y es un petimetre, petersburgués, con ciento cincuenta almas sin hipotecar. Pero, en primer lugar, no está demasiado bien de la cabeza. ¡Es un botarate, un charlatán, partidario de no sé qué novísimas ideas! Además, ¿qué son ciento cincuenta almas cuando se tienen ideas novísimas? ¡Esa boda no se celebrará!

Cuanto acaba de conocer el benevolente lector, lo escribí hará unos cinco meses, movido únicamente por un sentimiento de ternura. Confieso de antemano que siento cierta inclinación por Maria Alexándrovna. Me gustaría

componer algo así como una alabanza a esa magnífica dama y presentar mi obra en forma de carta festiva a un amigo, al estilo de las cartas que, en otro tiempo, en la época dorada y, a Dios gracias, irreversible, se publicaban en *La Abeja del Norte* y en otras revistas de la época. Pero como no tengo ningún amigo y, por otra parte, me cohíbe cierta innata timidez literaria, se me ha quedado la obra en la mesa como mero ensayo de pluma y como recuerdo de un pacífico entretenimiento en horas de ocio y de placer. Han transcurrido cinco meses y en Mordásov acaba de suceder un acontecimiento sorprendente e inesperado: hace poco, una mañana, a primera hora, llegó a la ciudad el príncipe K. y se alojó en casa de Maria Alexándrovna. Las consecuencias de este viaje han sido incontables. El príncipe no pasó más que tres días en Mordásov, pero esos tres días bastaron para dejar recuerdos fatales e indelebles. Diré más; el príncipe, en cierto sentido, ha provocado una revolución en nuestra ciudad. El relato de este acontecimiento constituye, naturalmente, una de las páginas más memorables de los anales de Mordásov. Después de ciertas vacilaciones, he decidido darle forma literaria y someterlo al juicio del muy respetable público. Mi narración comprende la historia completa y extraordinaria del encumbramiento, de la fama y de la definitiva caída de Maria Alexándrovna y de su casa en Mordásov: tema apasionante y digno de un escritor. Naturalmente, ante todo es necesario poner en claro qué tiene de sorprendente que a la ciudad llegase el príncipe K. y se alojase en casa de Maria Alexándrovna. Para ello, en consecuencia, es preciso decir algunas palabras acerca del mismo príncipe K. Así lo haré. Por otra parte, la biografía de este personaje es del todo imprescindible para comprender el desarrollo de nuestro relato. Así, pues, voy a empezar.

II

Comenzaré diciendo que el príncipe K. no era aún un hombre muy viejo, pero, al verle, uno pensaba sin querer que iba a deshacerse de un momento a otro, tal era su vetustez o, mejor dicho, hasta tal punto se había consumido. De este príncipe siempre se habían contado en Mordásov cosas sumamente peregrinas, del más fantástico contenido. Llegó a decirse incluso que el viejecito había perdido el juicio. A todos les parecía particularmente extraño que el propietario de cuatro mil almas, individuo de conocido linaje, que de desearlo habría podido tener mucha influencia en la provincia, viviera solitario, como un perfecto eremita, en su espléndida finca. Muchos le conocieron hace seis o siete años, cuando residía en Mordásov, y aseguraban que entonces no podía soportar la soledad y en nada se parecía a un anacoreta.

He aquí lo que he llegado a saber de él con visos de autenticidad.

En sus años mozos –desde entonces, dicho sea de paso, ha transcurrido mucho tiempo–, el príncipe entró en la vida con gran brillantez, se dedicó a divertirse, a amar, a gastar sin tasa en el extranjero todo el dinero del que disponía, a cantar romanzas y a hacer juegos de palabras, aunque nunca se distinguió por la brillantez de sus prendas intelectuales. Así, claro está, dilapidó sus bienes, y al llegar a viejo se vio casi sin un kopek. Alguien le aconsejó que se instalara en su aldea, que empezaban a vender en pública subasta. Así lo hizo y llegó a Mordásov, donde vivió exactamente seis meses. La vida de provincias le pareció de perlas. En los seis meses despilfarró lo que

le quedaba, hasta las últimas virutas, prosiguiendo sus correrías y estableciendo diversas intimidades con las señoras provincianas. Era un pedazo de pan, no sin ciertas particulares maneras principescas, que, con todo, eran consideradas en Mordásov como propias de la más alta sociedad, y, por ello, en vez de disgustar, producían incluso cierto efecto. Sobre todo, las damas estaban entusiasmadas con su simpático huésped. Se han conservado muchos recuerdos curiosos. Se contaba, entre otras cosas, que el príncipe pasaba más de medio día acicalándose, porque, al parecer, se componía de distintos trozos. Nadie sabía cuándo y dónde había llegado a quedar tan desguarnecido. La peluca, los bigotes, las patillas y la perilla, todo, hasta el último pelo, eran postizos y de espléndido color negro; se empolvaba y se ponía colorete a diario. Se aseguraba que el príncipe llegaba a alisarse las arrugas de la cara por medio de unos resortes hábilmente disimulados entre los cabellos. Se afirmaba que llevaba corsé, porque había perdido una costilla al saltar torpemente por una ventana durante una de sus aventuras amorosas en Italia. Cojeaba de la pierna izquierda y se decía que no era suya, que la auténtica se la había roto en París en otra de sus aventuras y que le habían puesto una artificial, de corcho. De todos modos, ¡se cuentan tantas cosas! Era cierto, sin embargo, que tenía el ojo derecho de cristal, aunque se tratara de una imitación muy bien hecha. Los dientes eran también postizos. El príncipe se pasaba días enteros lavándose con distintas aguas patentadas, perfumándose y aplicándose pomadas. Se recuerda, no obstante, que entonces el príncipe acusaba sus achaques a ojos vistas y se convertía en un charlatán insoportable. Había terminado su carrera, al parecer. Sabido era que no le quedaba ni un kopek. Entonces, sin que lo imaginara, una de sus próximas parientes, que había fijado su residencia en París y de la que no podía

esperar herencia alguna, una vieja caduca, murió al mes de haber enterrado a su heredero legal. El príncipe se encontró convertido inesperadamente en el heredero de aquella pariente. Le correspondieron, sin participación con nadie, cuatro mil almas y una finca espléndida, a sesenta verstas exactas de Mordásov. En seguida se preparó para hacer un viaje a Petersburgo y acabar de poner en orden sus asuntos. Al despedir a su huésped, nuestras damas le ofrecieron un espléndido banquete por suscripción. Recuerdan que, en él, el príncipe fue de una jovialidad encantadora, hizo juegos de palabras, contó anécdotas peregrinas, hizo reír a los presentes, prometió trasladarse lo antes posible a Dujánovo (la finca que acababa de adquirir) y dio palabra de que, cuando regresara, en su casa habría siempre fiestas, organizando partidas de recreo campestres, bailes y fuegos artificiales. Después de su partida, las damas estuvieron un año entero hablando de esas fiestas prometidas y esperaron con terrible impaciencia a su simpático viejecito. Durante la espera, se concertaron incluso viajes a Dujánovo, donde había una vieja casa señorial y un jardín con acacias podadas en forma de león, montículos artificiales, estanques, por los que se deslizaban barcas con figuras de madera que representaban turcos tocando caramillos, glorietas, pabellones, rincones de placer y otras curiosidades.

Por fin el príncipe regresó, mas, ante la sorpresa y la decepción generales, ni siquiera llegó a Mordásov, sino que se fue a su Dujánovo y se encerró como un anacoreta. Se difundieron extraños rumores y desde entonces la historia del príncipe, en general, se hizo borrosa y fantástica. En primer lugar, se contaba que en Petersburgo el príncipe no logró lo que esperaba y que algunos de sus parientes, futuros herederos suyos, dada la pobreza mental del príncipe, querían que se les concediera cierto derecho

de tutoría sobre él, probablemente porque temían que volviera a despilfarrar sus bienes. Es más, algunos añadían que habían pretendido encerrarle en un manicomio, pero que uno de sus parientes, un señor de campanillas, había salido en defensa del pobre príncipe y demostrado a los demás que, medio muerto y lleno de postizos, fallecería pronto con toda probabilidad y entonces heredarían la finca sin necesidad de manicomio. Repito una vez más: ¡son tantas las cosas que se cuentan, sobre todo en nuestra Mordásov! Según relataban, el príncipe se atemorizó enormemente, hasta el punto de que cambió de carácter y se convirtió en un anacoreta. Algunos de los mordasovanos, aguijoneados por la curiosidad, fueron a visitarle y a felicitarle, pero, bien no lograron ser recibidos, bien lo fueron de modo muy extraño. El príncipe no reconocía a sus antiguas amistades. Se afirmaba que no quería reconocerlas. También le visitó el gobernador.

Regresó éste con la noticia de que, a su juicio, el príncipe estaba un poco trastornado, y siempre que recordaba su visita a Dujánovo, el gobernador ponía cara avinagrada. Las damas no podían contener su indignación. Por fin se enteraron de un hecho capitalísimo, a saber: el príncipe estaba dominado por cierta Stepanida Matvéyevna —sabía Dios qué clase de mujer era—, llegada con él de Petersburgo, mujer entrada en años y gorda, que llevaba vestidos de percal y tenía las llaves en sus manos. Se enteraron de que el príncipe la obedecía en todo, como si fuera un niño, y no se atrevía a dar un paso sin su consentimiento; de que hasta le lavaba con sus manos, le mimaba, le halagaba y distraía como si se tratara de un rapaz; y de que, en fin, apartaba de él a los visitantes, en especial a sus parientes, que poco a poco habían empezado a acudir a Dujánovo en plan de exploración.

En Mordásov se hacían muchas cábalas, sobre todo por parte de las damas, en torno a aquella relación

incomprensible. Añadían que Stepanida Matvéyevna administraba la finca del príncipe sin cortapisas y con autoridad absoluta: destituía a los apoderados, a los mayordomos y a los criados, y se hacía cargo de los ingresos; pero era buena administradora, de modo que los campesinos bendecían la suerte que habían tenido. Por lo que respecta al príncipe, se enteraron de que permanecía días enteros frente al tocador, probándose pelucas y fracs, y que el resto del tiempo lo pasaba con Stepanida Matvéyevna, jugando a las cartas, adivinando el porvenir y saliendo a dar un paseo –muy de tarde en tarde– en una pacífica yegua inglesa, con la particularidad de que Stepanida Matvéyevna le acompañaba siempre en un carricoche cubierto, por lo que pudiera suceder (el príncipe montaba a caballo por vanidad y apenas se sostenía en la silla). Alguna vez le vieron a pie, con abrigo y sombrero de paja de amplias alas, un pañuelo color de rosa, de señora, al cuello, un monóculo en el ojo, y un cesto de paja en la mano izquierda para recoger setas, flores silvestres y acianos. En aquellos casos, Stepanida Matvéyevna le acompañaba, seguida de dos lacayos altos como torres y, por si acaso, de un coche. Cuando algún mujik se encontraba con él y, apartándose a un lado, se quitaba el gorro, se inclinaba profundamente y decía: «¡Buenos días, señor príncipe, su excelencia, hermoso sol nuestro!», el príncipe, al instante, dirigía hacia él su monóculo, saludaba amablemente, con la cabeza, y decía con dulzura: «*Bonjour, mon ami, bonjour!*».¹ Por Mordásov corrían muchos rumores por el estilo. No podían olvidar al príncipe: ¡vivía tan cerca! ¡Cuál no sería el asombro general cuando un buen día, por la mañana, corrió el rumor de que el príncipe, anacoreta y extravagante, se había presentado y alojado en casa de Maria Alexándrovna!

1. «¡Buenos días, amigo mío, buenos días!» (En francés en el original.)

El sobresalto y la confusión no pudieron ser mayores. Todos esperaban explicaciones y se preguntaban qué significaba aquello. Algunos se disponían a ir a ver a Maria Alexándrovna. Les parecía insólita la llegada del príncipe. Las damas se enviaban noticias, se visitaban y enviaban a sus criadas y a sus maridos a explorar el terreno. Lo que más extrañaba era que el príncipe se hubiera dirigido a casa de Maria Alexándrovna. ¿Por qué a casa de Maria Alexándrovna y no a otra? Anna Nikoláyevna Antípova estaba más disgustada que nadie, pues el príncipe tenía un remoto parentesco con ella. Mas, para resolver estas cuestiones, es forzoso ver a la propia Maria Alexándrovna, a cuya casa rogamos acuda también el benevolente lector. No son más que las diez de la mañana, es cierto; pero estoy convencido de que no se negará a recibir a sus buenos amigos. Por lo menos, a nosotros nos recibirá sin duda alguna.

III

Son las diez de la mañana. Estamos en casa de Maria Alexándrovna, en la calle Mayor, en el aposento que la dueña denomina, en los casos solemnes, su salón. Maria Alexándrovna tiene también su tocador. En el salón, el suelo está bastante bien pintado y el empapelado, de importación, no es feo. En los muebles, pesadotes, predomina el color rojo. Hay chimenea y, sobre ella, un espejo; delante de éste, un reloj de bronce con la figura de un Cupido de bastante mal gusto. En los paños de pared, entre las ventanas, dos lunas, de las cuales han tenido tiempo de quitar las fundas. Ante ellas, sobre unas mesitas, también hay relojes. Junto a la pared posterior, un piano magnífico, adquirido para Zina, que es aficionada a la música. Frente a la estufa encendida hay unos sillones colocados en pintoresco desorden, y entre ellos una mesita. En el otro extremo de la habitación vemos otra mesa, cubierta con un mantel de cegadora blancura; hierve en ella un samovar de plata y se ha colocado, a su alrededor, un hermoso juego de té. Del samovar y del té se encarga una dama que vive en casa de Maria Alexándrovna en calidad de pariente lejana, Nastasia Petrovna Ziáblova. Dos palabras acerca de esta dama. Es viuda, de más de treinta años, morena, fresco el color del rostro y vivos los ojos, castaños oscuros. Total, bastante guapa. Es alegre de carácter y muy reidora, bastante astuta, murmuradora, naturalmente, y no le falta mañana para llevar a buen término sus asuntitos. Tiene dos hijos que estudian en alguna parte. De buena gana volvería a casarse. Se comporta con bastante independencia. Su marido era oficial del ejército. La propia

Maria Alexándrovna está sentada junto a la estufa y lleva un vestido verde claro que le sienta muy bien; se encuentra en un estado de ánimo inmejorable. Se ha alegrado enormemente de la llegada del príncipe, quien en este momento, en la planta superior, se ocupa de su acicalamiento. Maria Alexándrovna está tan contenta que ni siquiera procura disimularlo. Ante ella, de pie, un joven se da tono contando algo con viveza. Se le nota en los ojos que quiere hacerse simpático a sus oyentes. Tiene veinticinco años. Su manera de comportarse es aceptable, pero el joven se entusiasma a menudo y, además, hace gala de humorista y de persona de ingenio. Viste impecablemente; es rubio y guapo. Pero ya hemos hablado de él: se trata del señor Mozgliakov, joven que promete mucho. Maria Alexándrovna piensa que tiene la cabeza un poco vacía, pero le recibe magníficamente. El señor Mozgliakov pretende la mano de la hija de Maria Alexándrovna, Zina, de la que, según él dice, está locamente enamorado. A cada momento se dirige a Zina, de cuyos labios intenta arrancar una sonrisa con sus ocurrencias y su jovialidad. Pero Zina, por lo visto, se mantiene fría y despectiva con él. Ahora permanece algo apartada, junto al piano, pasando las hojas de un calendario. Es una de las mujeres que, cuando se presentan en sociedad, despiertan la entusiasta admiración de los presentes. Es hermosa hasta lo inverosímil: alta, morena, de ojos fascinadores, casi completamente negros, esbelta, divinos el busto, los hombros y los brazos; de perfil impecable, de pie seductor, el paso como el de una reina. Hoy está un poco pálida; en cambio, si ven ustedes, aunque sólo sea una vez, sus rojos labios, de perfecto dibujo, entre los que brillan, como sarta de perlas, los pequeños y regulares dientes, se les aparecerá en sueños tres días seguidos. Es seria y severa su expresión. Diríase que *monsieur* Mozgliakov teme su fija mirada; por lo menos experimenta una impresión hasta cierto modo desagradable cuando se

atreve a mirarla. Los movimientos de la joven son de des-
deñosa altivez. Zina lleva un sencillo vestido blanco de
batista. El color blanco le sienta a maravilla, aunque todo
le sienta bien. En uno de sus dedos lleva un anillo tren-
zado con cabellos que, a juzgar por el color, no son de su
mamá. Mozgliakov no se ha atrevido nunca a pregun-
tarle: «¿De quién son esos cabellos?» Esta mañana diríase
que Zina está particularmente callada e incluso triste,
como si algo la preocupara. Maria Alexándrovna, por el
contrario, se halla dispuesta a hablar sin interrupción, si
bien de vez en cuando dirige a su hija cierta mirada singu-
lar, recelosa, pero lo hace con el rabillo del ojo, como si
también la temiera.

—Estoy tan contenta, Pável Alexándrovich, tan conten-
ta —dice con dulce quiebro de voz—, que me dan ganas de
declararlo a voz en grito a todos y cada uno desde la ven-
tana. No hablo ya de la muy agradable sorpresa que nos
ha reservado usted, a mí y a Zina, regresando dos sema-
nas antes de lo prometido, porque ya se sobrentiende. Es-
toy loca de contento de que nos haya traído aquí al sim-
pático príncipe. ¡No sabe usted cuánto afecto siento por
ese encantador viejecito! ¡Pero no, no! ¡Usted no me
comprende! Ustedes, jóvenes, no comprenderán mi entu-
siasmo, por más que intente explicárselo. ¿Sabe usted lo
que fue para mí en otro tiempo, hará unos seis años? ¿Te
acuerdas, Zina? Aunque se me olvidaba: entonces, tú
pasabas una temporada en casa de tu tía... No lo creerá,
Pável Alexándrovich: yo era quien le llevaba de la mano,
¡era su hermana, su madre! ¡Me hacía caso como un
niño! Algo cándido, tierno y ennoblecedor había en nues-
tra amistad; algo, hasta cierto modo, idílico... ¡Ni siquie-
ra sé cómo denominarlo! Por eso no se acuerda más que
de mi casa, con agradecimiento, *ce pauvre prince!*¹ ¿Sabe

1. «¡Este pobre príncipe!» (En francés en el original.)

usted, Pável Alexándrovich, que quizá le ha salvado al conducirlo a mi casa? Con gran congoja de corazón he pensado en él durante estos seis años. No lo creerá, pero hasta se me ha aparecido en sueños. Dicen que esa mujer monstruosa le tenía hechizado, le llevaba a la ruina. Pero, al fin, le ha arrancado usted de sus garras. ¡Sí, es necesario aprovechar la ocasión y salvarle por completo! Pero explíqueme otra vez, ¿cómo lo ha logrado usted? Descríbame con detalle su encuentro. Hace un momento, con las prisas, sólo me he fijado en lo importante, pero es en los detalles, por decirlo así, donde está el verdadero jugo. Los detalles me apasionan; hasta en los casos más importantes me fijo ante todo en los detalles... y... mientras el príncipe está ocupado en el tocador...

—¡Ya se lo he contado, Maria Alexándrovna! —contesta Mozgliakov, dispuesto a repetir aunque sea diez veces su relato, porque constituye para él un placer—. He estado de viaje toda la noche; claro está que no he pegado ojo... ¡Puede usted figurarse la prisa que me daba! —añade, dirigiéndose a Zina—. En una palabra, he reñido, he gritado, he exigido caballos, ¡hasta he armado escándalo por los caballos en las postas! Si se escribiera, resultaría un poema según los novísimos gustos. De todos modos, dejemos eso a un lado. A las seis en punto de la mañana llego a la última posta, en Igishevo. Tirito, ni quiero calentarme, grito: «¡Caballos!» Asusté a la mujer del guarda, que tiene un niño de pecho; según parece, del susto se le ha retirado la leche... La salida del sol es encantadora. El aire helado de la madrugada se tiñe de carmín, toma reflejos de plata. No presto atención a nada; en una palabra, ¡me doy prisa como un condenado! Libro una batalla para hacerme con caballos. Se los quito a cierto consejero de Estado y por poco le reto a duelo. Me dicen que hacía un cuarto de hora había salido de la posta, en su coche, un príncipe, después de haber pasado allí la noche. Apenas lo oigo,

tomo asiento, vuelo como una flecha. Hay algo parecido en Fet, en no sé cuál de sus elegías. Exactamente a nueve verstas de la ciudad, en el lugar en que el camino dobla hacia el monasterio de Svietozersk, veo que ha ocurrido algo sorprendente. Un enorme carricóche se ha caído sobre un costado; el cochero y dos lacayos están de pie, pasmados, y del coche volcado salen gritos y lamentos que desgarran el alma. Pensé en pasar de largo: «¡Quédate ahí cuanto gustes, yo no soy de la parroquia!» Pero ha podido más el sentimiento de humanidad, que, según expresión de Heine, en todas partes mete la nariz. Me detengo, corro a prestar ayuda, lo mismo que mi Semión y el cochero (también un alma rusa), y de este modo, entre los seis levantamos, finalmente, el carricóche. Lo hemos puesto en pie, aunque, en verdad, pies no tiene, porque va sobre patines. Ayudaron también unos mujiks que transportaban leña a la ciudad; les di una propina para vodka. Pienso: «Probablemente es el famoso príncipe.» Miro. ¡Dios mío! Es él, ¡el príncipe Gavril! ¡Qué sorpresa! Le grito: «¡Príncipe! ¡Tío!» Claro, no ha sabido quién era yo a primera vista; aunque me ha reconocido casi en seguida..., a la segunda mirada. He de confesarles, no obstante, que ni siquiera ahora comprende muy bien quién soy yo y, al parecer, no me toma por pariente suyo, sino por otra persona. Le vi hace siete años en Petersburgo; naturalmente, yo entonces era un chiquillo. Le recordaba; me causó una gran impresión, pero... ¿Por qué iba él a acordarse de mí? Me presento; está entusiasmado, me abraza y al mismo tiempo tiembla del susto y llora; se lo juro, llora, ¡lo he visto con mis ojos! Que si esto, que si lo otro, y por fin le convenzo de que suba a mi carruaje y de que se llegue a Mordásov, aunque sólo sea por un día, para rehacerse y descansar. Acepta sin replicar... Me cuenta que se dirigía al monasterio de Svietozersk a ver al padre Misáil, a quien estima y honra; que Stepanida Matvéyevna... ¿Quién de

nosotros, de los parientes, no ha oído hablar de Stepanida Matvéyevna?; a mí me arrojó el año pasado de Dujánovo, a escobazos... Pues bien; me cuenta que esa Stepanida Matvéyevna había recibido una carta en la que se le comunicaba que tenía a alguien en Moscú muriéndose, el padre o la hija, no sé exactamente quién, ni me interesa saberlo; quizás el padre y la hija juntos; quizás algún sobrino, por añadidura mozo de alguna taberna... En una palabra, la mujer estaba tan desconcertada que decidió separarse de su príncipe por unos diez días y voló a la capital a embellecerla con su presencia. El príncipe esperó un día, esperó dos, se probó las pelucas, se aplicó sus pomadas, se maquilló, echó las cartas (es posible que intentara adivinar el porvenir incluso con habas), pero no pudo aguantar más sin Stepanida Matvéyevna. Mandó preparar los caballos y emprendió el camino hacia el monasterio de Svietozersk. Alguno de los criados, temiendo a la invisible Stepanida Matvéyevna, se atrevió a hacer alguna objeción; pero el príncipe insistió. Salió ayer después de la comida. Pasó la noche en Iguishevo; de la estación de postas ha partido al amanecer, y en la revuelta misma que lleva adonde está el padre Misaíl, por poco se caen él y el carruaje al barranco. Yo le salvo, le convengo de que venga a ver a nuestra común amiga, a la muy respetable Maria Alexándrovna; el príncipe dice de usted que es la dama más encantadora de cuantas ha tenido ocasión de conocer, y aquí nos tiene. Ahora el príncipe se está componiendo arriba, atendido por su ayuda de cámara, al que no se olvidó de traer consigo, y al que nunca y en ningún caso olvida llevar consigo, porque el príncipe preferiría morir antes que presentarse a las damas sin ciertas preparaciones o, por decirlo mejor, rectificaciones... ¡Y ésta es toda la historia! *Eine allerliebste Geschichte!*¹.

1. «¡Una historia encantadora!» (En alemán en el original.)

—¡Qué humorista, Zina! —exclama Maria Alexándrovna después de haberle escuchado—. ¡Con qué gracia lo cuenta! Pero escuche, Paul, permítame una súplica. Explíqueme bien cuál es su parentesco con el príncipe. ¿Lo llama usted tío?

—Le juro, Maria Alexándrovna, que no sé cuál es el parentesco que con él me une. Quizá nuestro parentesco viene de los tiempos de Maricastaña o algo por el estilo. De esto yo no tengo la menor culpa, sino mi tía Aglaia Mijáilovna, que no tiene otra cosa que hacer más que contar los parentescos con los dedos de la mano. Fue ella la que me metió en la cabeza que debía ir a verle a Dujánovo el verano pasado. ¡Ojalá hubiera ido ella! Sencillamente, yo le llamo tío y él responde. Este es todo nuestro parentesco, por lo menos hasta el día de hoy...

—De todos modos, repito que sólo Dios pudo sugerirle a usted la idea de conducirlo directamente a mi domicilio. Tiemblo al pensar lo que podía haberle ocurrido al pobrecito si hubiera ido a parar a otra casa. Se lo habrían disputado, le habrían desmontado por partes, ¡se lo habrían comido! ¡Se habrían arrojado sobre él como sobre una mina, como sobre un yacimiento aurífero! ¡Es posible que hasta le hubieran desvalijado! ¡No puede usted imaginar, Pável Alexándrovich, qué gentuza tan codiciosa, baja y pérfida hay aquí...!

—Pero, Maria Alexándrovna, ¡por Dios!, ¿a qué casa iban a conducirlo, sino a la suya? —comenta Nastasia Petrovna, la viuda que servía el té—. No a la de Anna Nikoláyevna, ¿no le parece?

—¿Por qué tarda tanto en bajar? Hasta es raro —dice Maria Alexándrovna levantándose, impaciente, de su asiento.

—¿El tío? Supongo que se estará arreglando aún durante cinco horas más. Y como carece totalmente de memoria, quizás ha olvidado que está de visita en casa de usted.

Ya sabe que es un hombre sorprendentísimo, Maria Alexándrovna.

—Por favor, no diga eso; no exagere.

—No exagero, en absoluto, Maria Alexándrovna, es la pura verdad. Es un engendro y no un hombre. Usted lo vio hace seis años y yo le he visto hace una hora. ¡Si es un medio cadáver! ¡Si no es más que un recuerdo de hombre al que se han olvidado de enterrar! ¡Si lleva los ojos postizos, las piernas de corcho, y todo él está montado sobre resortes y hasta habla con resortes!

—¡Dios mío! ¡Qué ligero de cascos es usted, por lo que estoy viendo! —exclama Maria Alexándrovna, adoptando un aspecto severo—. ¿No le da vergüenza a usted, que es joven y pariente suyo, hablar en estos términos de tan noble viejecito? Dejando aparte su bondad sin par —al decir esto, la voz de Maria Alexándrovna adquiere un timbre enternecedor—, recuerde que es un resto, por decirlo así, un fragmento de nuestra aristocracia. ¡Amigo mío, *mon ami*! Comprendo que usted habla un poco a tontas y a locas, debido a las nuevas ideas de las que tratan ustedes sin cesar. Pero, ¡Dios mío!, yo misma soy partidaria de esas nuevas ideas. Comprendo que la base de la orientación de ustedes es noble y honrada. Siento que en esas nuevas ideas existe incluso algo elevado; pero eso no me impide ver el aspecto, entendámonos, práctico de la cuestión. He vivido mucho, he visto más que ustedes y, finalmente, soy madre, mientras que ustedes todavía son jóvenes. Es viejo, y por eso, a los ojos de ustedes, resulta ridículo. Más aun; la última vez llegó usted a decir incluso que tenía la intención de dar la libertad a sus campesinos y que es necesario hacer algo por el bien común, y todo ello se debe a que se ha atiborrado usted de lecturas de alguno de sus Shakespeare. Créame, Pável Alexándrovich, su Shakespeare hace ya mucho tiempo que ha pasado a la historia y, si resucitara, a

pesar de su inteligencia, no entendería ni jota de nuestra vida. Si algo hay caballeresco y majestuoso en la sociedad contemporánea, reside precisamente en el estamento superior. Un príncipe siempre es un príncipe, y hasta en una choza se comportará como si estuviera en un palacio! En cambio, el marido de Natalia Dmítrievna se ha construido una casa como un palacio y no es más que el marido de Natalia Dmítrievna. ¡Nada más! La propia Natalia Dmítrievna, aunque se ponga cincuenta miriñaques, seguirá siendo la misma Natalia Dmitrievna de antes, ¡y nada más! Usted también es, en parte, un representante del estamento superior porque procede de él. Yo no me considero extraña al mismo... ¡Mala es la criatura que ensucia su propio nido! De todos modos, *mon cher Paul*,¹ llegará usted por sí mismo con el tiempo a estas conclusiones mejor que yo y se olvidará de su Shakespeare. Se lo profetizo. Estoy convencida de que ni siquiera es sincero, sino que sigue la moda. Bueno, estoy hablando por los codos. Quédese usted aquí, *mon cher Paul*, subiré yo misma y me interesaré por el príncipe. Quizá necesite algo, y con mi gentecita...

Maria Alexándrovna se apresuró a salir de la estancia al acordarse de su gentecita.

—Maria Alexándrovna, por lo visto, está muy contenta de que el príncipe no haya caído en manos de esa presumida de Anna Nikoláyevna, que aseguraba a los cuatro vientos que era pariente suya. ¡Anna Nikoláyevna estará ahora furiosa! —comentó Nastasia Petrovna; pero al darse cuenta de que no le respondían, y después de echar una mirada a Zina y a Pável Alexándrovich, comprendió al instante y salió de la estancia como si algo la reclamara fuera. De todos modos, en seguida buscó una compensación: se detuvo junto a la puerta y se puso a escuchar.

1. «Mi querido Pablo.» (En francés en el original.)

Pável Alexándrovich se dirigió sin perder un momento a Zina. Estaba sumamente emocionado; le temblaba la voz.

—Zinaída Afanásievna, ¿no está usted enfadada conmigo? —dijo con tímida y suplicante expresión.

—¿Con usted? Pero ¿por qué he de estarlo? —repuso Zina, sonrojándose levemente y mirándole con sus divinos ojos.

—Por mi prematuro regreso, Zinaída Afanásievna. No resistí más, no podía esperar otras dos semanas... La veía a usted hasta en sueños. He venido volando para saber lo que el destino me reserva... Pero ¿frunce usted el ceño, se enoja? ¿Es posible que tampoco me diga ahora nada decisivo?

Zinaída, realmente, había fruncido el ceño.

—Esperaba que me hablara usted de esto —respondió, volviendo a bajar los ojos, con voz firme y severa, en la que se percibía cierta nota de disgusto—. Y como quiera que esta espera resultaba para mí muy penosa, cuanto antes se haya resuelto, tanto mejor. Otra vez exige usted, es decir, pide una respuesta. Permítame, se la voy a repetir, porque mi respuesta será la misma que antes: ¡espere! Le repito que aún no me he decidido y no puedo prometerle ser su esposa. Eso es cosa que no se pide a la fuerza, Pável Alexándrovich. Para tranquilizarle, añadiré que todavía no le desengaño definitivamente. Observe otra cosa, y es que al darle esperanzas de una solución favorable, lo hago sólo por condescendencia ante su impaciencia e intranquilidad. Repito que quiero conservar absoluta libertad de decisión, y si, al fin, le digo que no estoy conforme, no deberá usted acusarme de haberle dado esperanzas. Así, pues, ya lo sabe.

—Así, pues, ¿qué es eso? ¡Qué es! —exclamó Mozgliakov con quejumbrosa voz—. ¡Es acaso una esperanza! ¿Puedo sacar aunque no sea más que una levísima esperanza de sus palabras, Zinaída Afanásievna?

—Recuerde cuanto le he dicho y deduzca de ello lo que mejor le parezca. ¡Es cosa suya! No añadiré nada más a lo dicho. No le rechazo, sólo le digo que espere. Pero le repito que me reservo el pleno derecho de decirle que no, si así lo decido. Aún he de hacerle otra observación, Pável Alexándrovich: si ha venido antes del plazo establecido para la respuesta, a fin de actuar por vías indirectas, con la esperanza de protección ajena, por ejemplo, de la influencia, aunque sea de mi madre, se ha equivocado usted de plano. En este caso, mi respuesta será francamente negativa, ¿lo entiende bien? Ahora basta, y, por favor, hasta el debido tiempo, no vuelva a hablarme de ello.

Este discurso fue pronunciado con sequedad, con firmeza, sin titubear, como si hubiese sido estudiado de antemano. *Monsieur Paul* tuvo la impresión de haberse quedado con un palmo de narices. En ese instante regresó Maria Alexándrovna, y tras ella, casi pisándole los talones, la señora Ziáblova.

—Parece que ahora va a bajar, Zina. ¡Nastasia Petrovna, pronto, prepare usted otra vez el té! ¡Que sea reciente! —Maria Alexándrovna se encontraba incluso un poco emocionada.

—Anna Nikoláyevna ya ha mandado a pedir informes. Su Aniutka llegó corriendo a la cocina a preguntar. ¡Debe de estar furiosa! —comunicó Nastasia Petrovna, ocupándose otra vez del samovar.

—¡Y a mí qué me importa! —repuso Maria Alexándrovna, por encima del hombro, a la señora Ziáblova—. ¿Por ventura me interesa lo que piense su Anna Nikoláyevna? Créame que no mandaré a nadie a su cocina. Me sorprende, la verdad, me sorprende que me considere enemiga de esa pobre Anna Nikoláyevna, y no sólo usted, sino toda la ciudad. ¡Tomo por testigo a Pável Alexándrovich! Usted nos conoce a las dos, ¿por qué voy a ser yo su enemiga? ¿Por la primacía? Pero yo soy indiferente a esa

primacía. ¡Que sea suya, que sea ella la primera! Estoy dispuesta a ir antes que nadie a felicitarla por su primacía. Finalmente, todo eso es injusto. Yo intercederé en favor de ella, ¡estoy obligada a interceder en su favor! La calumnian. ¿Por qué la atacan ustedes? Es joven y le gustan las galas; ¿por eso la atacan, quizá? Pero a mi modo de ver, son preferibles las galas a ninguna otra cosa, como ocurre, por ejemplo, con Natalia Dmítrievna, a quien gusta lo que no puede decirse. ¿O bien porque Anna Nikoláyevna va de visita y no puede permanecer en su casa? Pero, ¡Dios mío!... Anna Nikoláyevna no ha recibido ninguna instrucción, y, claro es, le resulta difícil abrir, por ejemplo, un libro, u ocuparse dos minutos seguidos en algo. Coquetea y hace jeribeques desde la ventana a todos cuantos pasan por la calle. Pero ¿por qué aseguran que es guapa, si tiene la cara blanca y nada más? Hace reír en los bailes, ¡de acuerdo! Sin embargo, ¿por qué han de asegurarle que baila magníficamente la polca? Lleva cofias y sombreros imposibles, pero no tiene la culpa de que Dios no le haya concedido buen gusto y le haya dado, por el contrario, tanta credulidad. Asegúrenle que es de buen tono prenderse en el cabello papel de envolver bombones y se lo prenderá. Es murmuradora, pero murmurar es una costumbre local. ¿Quién no murmura, en nuestra ciudad? La visita Sushílov, el de las patillas, por la mañana, por la tarde y poco menos que por la noche. ¡Ah, Dios mío! ¡Cómo no, si el marido juega a las cartas hasta las cinco de la madrugada! Además, son tantos los ejemplos poco edificantes en nuestra ciudad... Finalmente, *es posible aún* que se trate de una calumnia. En una palabra, ¡siempre, siempre, saldré en su defensa!... Pero, ¡Dios mío! Aquí está el príncipe. ¡Es él, es él! Le reconozco. ¡Le reconocería entre mil! ¡Al fin le veo, *mon prince!* –exclamó Maria Alexándrovna, y se precipitó al encuentro del príncipe, que acababa de entrar en la estancia.

<i>Prólogo</i>	9
--------------------------	---

EL SUEÑO DEL TÍO	23
----------------------------	----

I.	25
II.	31
III.	37
IV.	49
V.	64
VI.	80
VII.	91
VIII.	101
IX.	112
X.	127
XI.	137
XII.	148
XIII.	158
XIV.	174
XV.	182

LA ALDEA DE STEPÁNCHIKOVO Y SUS MORADORES . .	199
---	-----

Primera parte

I. Introducción	201
II. El señor Bajchéyev	226
III. Mi tío	245
IV. La hora del té	264
V. Ezhevikin	277
VI. Que trata del toro blanco y del mujik Komáriniski	294
VII. Fomá Fomich	303

VIII. Declaración de amor	322
IX. Su excelencia	330
X. Mizínchikov	347
XI. Perplejidad extrema	365
XII. La catástrofe	381

Segunda y última parte

I. El acoso	389
II. Novedades	407
III. El santo de Iliusha	412
IV. La expulsión	423
V. Fomá Fomich labra la felicidad general	437
VI. Conclusión	458

HUMILLADOS Y OFENDIDOS	477
----------------------------------	-----

Primera parte

I.	479
II.	493
III.	495
IV.	499
V.	506
VI.	511
VII.	521
VIII.	524
IX.	533
X.	543
XI.	548
XII.	554
XIII.	564
XIV.	571
XV.	575

Segunda parte

I.	590
II.	606
III.	621
IV.	627

V.	634
VI.	645
VII.	652
VIII.	659
IX.	669
X.	667
XI.	687
<i>Tercera parte</i>	
I.	698
II.	706
III.	721
IV.	729
V.	738
VI.	747
VII.	762
VIII.	768
IX.	770
X.	787
<i>Cuarta parte</i>	
I.	814
II.	816
III.	825
IV.	832
V.	845
VI.	859
VII.	876
VIII.	887
IX.	897
Epílogo. Últimas evocaciones	902
APUNTES DE LA CASA MUERTA	935
<i>Primera parte</i>	
Introducción	937
I. La casa muerta	944
II. Primeras impresiones	961

III. Primeras impresiones	982
IV. Primeras impresiones	1002
V. El primer mes.	1023
VI. El primer mes.	1042
VII. Nuevos conocidos. Petrov	1060
VIII. Gente arrojada. Luchka.	1076
IX. Isái Fomich. El baño. El relato de Baklushin . . .	1085
X. La fiesta de la Natividad de Cristo	1106
XI. La función.	1127
<i>Segunda parte</i>	
I. El hospital.	1153
II. Continuación (I)	1172
III. Continuación (II)	1190
IV. El marido de Akulka (Relato)	1213
V. El verano	1227
VI. Los animales del presidio.	1249
VII. La reclamación.	1265
VIII. Compañeros	1288
IX. La evasión.	1306
X. La salida del presidio	1324